

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1963 - Números 120-21



SEVILLA

PUBLICACIONES

DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. 404

DEPÓSITO LEGAL, SE-25-1958



IMPRESO EN ESPAÑA.

*EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 29. — SEVILLA.*

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1963



Tomo XXXIX
Números 120-21

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1963

JULIO - AGOSTO SEPTIEMBRE - OCTUBRE

Nos. 120-21

CONSEJO DE REDACCIÓN

Ilmo. Sr. D. MIGUEL MAESTRE Y LASSO DE LA VEGA, Presidente de la Diputación Provincial.—Excmo. Sr. D. JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.—Sr. D. JESÚS ARELLANO CATALÁN.—Sr. D. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.—Sr. D. ANTONIO MUÑOZ OREJÓN.—Sr. D. LUIS TORO BUZA.—Sr. Secretario de la Diputación Provincial.
Sr. Interventor de la Diputación Provincial.

Director.—Sr. D. Manuel JUSTINIANO Y MARTÍNEZ,
Secretario de Redacción.—Sr. D. José Manuel CUENCA TORIBIO.

Administrador.—D.ª Araceli SHAW GARCÍA.

Viceadministrador:—Srta. Francisca CABRERA FERNÁNDEZ.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- José Valverde Madrid — *Dos pintores sevillanos en Córdoba: Sarabia y Valdés Leal*..... 9
Francisco Alvarez, Lectoral.—*El Concilio Vaticano II*..... 59
Tomás de A. García y García.—*San Teodomiro, hijo ilustre y Patrón de Carmona y mártir de Córdoba*..... 81
Joaquín Tassara y de Sangrán —*El Romanticismo en la Escuela poética sevillana*..... 115

MISCELANEA

- Manuel Zamora Diáñez —*Charla en Radio Vida, emisión "Saeta"*... 133

POESIAS

- José-Carlos de Luna.—*Belén en el Altozano, A un largo de Bolina, Gitanita cantaora, De cara a "El Peñón", Levante en calma y "Tablao" en "Puerta de Tierra"*..... 141
Pilar Paz Pasamar.—*Ofrecimiento y Las voces muertas*..... 147

NECROLOGÍAS

- M. J. M.—*Don Antonio Arbolé e Hidalgo*..... 151
Cronista Oficial de la Provincia.—*Don Antonio de la Peña y López*.. 155

LIBROS

- Rufino Villalobos, *Canónigo*.—*Tres folletos*, por M. J. M. 161
V. Cacho Vizu.—*La Institución Libre de Enseñanza*, por Antonio del Toro 162

	<u>Págs.</u>
<i>Luis Fernández, S. J.—La Abadía de Santa María de Benevivere ...</i> , por V. Colodrón Morán.....	164
<i>Luis M Enciso.—Los establecimientos industriales españoles en el si- glo XVIII. La mantelería de la Coruña</i> , por Esperanza Ruiz Car- mona	165
<i>C. Dawson.—La crisis de la educación occidental</i> , por Felicidad Los- certales.....	170
—————	
<i>Crítica de Arte</i> , por Emila Cobos Mancebo.....	175
<i>Crónica de la Diputación</i> , por el Cronista Oficial de la Provincia....	183



P R E S E N T A C I Ó N



José Valverde Madrid.

Notario de Écija, Académico de Córdoba, Crítico de Arte.

Francisco Alvarez, Lectoral.

Doctor en varias Facultades eclesiásticas, Licenciado en Filosofía y Letras, Canónigo Lecoral de la S. I. C. de Sevilla y Catedrático de Sagrada Escritura del Seminario Metropolitano.

Tomás de Aquino García y García.

Doctor en Derecho y en Filosofía y en Filosofía y Letras, laureado en varios concursos literarios.

Joaquín Tassara y de Sangrán.

Publicista. Premiado en varios concursos literarios.

EL ROMANTICISMO EN LA ESCUELA POÉTICA SEVILLANA

LOS que detengan su atención en la tradicional escuela poética hispalense y comparen la entonación de sus versos y el color de las imágenes con la fantasía popular, las pinceladas de Murillo, el esplendor del cielo, el fuego del sol y los ojos de sus mujeres, apreciarán la correlación de tan ostensibles circunstancias y aplicarán el nombre de *sevillana*, por espontáneo impulso a esa floración artística y literaria. Tales creaciones no pudieron pintarse ni escribirse fuera del medio andaluz y ni siquiera en toda Andalucía. De dicha espléndida floración son buenos ejemplos las majestuosas odas de Fernando de Herrera, las delicadas silvas de Francisco de Rioja, la sublime elegía de Rodrigo Caro, los elegantes sonetos de Juan de Arguijo, las festivas redondillas de Baltasar del Alcázar y la *Amintia* de Juan de Juárezgui.

De la escuela humanista sevillana salieron en el pasado: Elio Antonio de Nebrija —padre del humanismo español—; Diego de Girón, Tous de Monsalve, Juan de Mal-lara, Medina, Robles y toda una pléyade interminable de Horacianos. No halló Horacio en España mejor traductor que Arjona, y con posterioridad, también figura García Tassara entre los buenos traductores de Horacio. Sevillano —olvidado casi, como tantos otros— fue el erudito Nicolás Antonio. De esta solera humanística es buena prueba el que, al renacer el gusto, se fundara en la capital del Betis una sociedad literaria, adornada con el significado título de “Academia Horaciana”. El origen de esta

célebre *Academia* hemos de buscarlo en los tiempos del *mayoral Jovino y del fecundo Elpino*; quiero decir de Melchor Gaspar de Jovellanos y de Pablo de Olavide, quien en 1767 había ya traducido la "Zaida" (*Zaire*) de Voltaire.

A la tertulia del Asistente de Sevilla acudían el Fiscal de la Real Audiencia Hispalense, Juan Pablo Forner (*Aminto*); el P. Miguel Miras (*Mireo*), el Coronel José Cadalso y Vázquez (*Dalmiro*), Félix José Reinos (*Pileno*), Alberto Lista (*Anfriso*), José María Blanco Crespo, *Blanco-White* (*Albino*), Miras y Vaca de Guzmán, Arjona, Cándido María Trigueros, Matute y otros más. Fueron Manuel María de Arjona y Justino Matute y Gaviria los que idearon y llevaron a cabo el establecimiento de la célebre "Academia Horaciana", la cual presidió Forner, y se inauguró el 12 de febrero de 1789 (0). Esta "Academia" substituyó a la tertulia de Olavide que, como hemos visto, por los seudónimos de sus antiguos componentes, era una imitación de los "Arcades" de Roma y una "Arcadia pastoril" a semejanza de la "Arcadia Agustiniiana" (1), fundada en Salamanca por Fray Diego Tadeo González (*Delio*), y de la que formaron parte, entre otros, Juan Meléndez Valdés (*Batilo*), el P. Juan Fernández de Rojas (*Liseno*), Andrés del Corral (*Andrenio*) y José Iglesia de las Casas (*Arcadio*).

El dulce Meléndez Valdés fue el primero de los prerrománticos; admiraba a Pope e imitaba a Young, y seguía las influencias filosóficas de Rousseau, Marmontel, Montesquieu, Leibnitz, Watel, Polignac y Locke, así como la poética de Gessner, Saint-Lambert y Thompson, que formaban el ideario de este gran poeta. Sabido es que esta Arcadia salmanticense y la referida Academia sevillana eran en realidad clasicistas; pero a pesar de ello es en Sevilla donde se va forjando el romanticismo, que aún no se llamaba así. Al extinguirse en 1792 la dicha Academia Horaciana, brotó de sus cenizas la llamada "Academia particular de Letras Humanas", la cual existió hasta 1799. Fue entonces cuando fundó Matute "El Correo Literario de Sevilla", interesante publicación que sólo logró mantener hasta 1805. Además de los dichos, acuden a esta Academia otros, y entre ellos Roldán, Mármol, Miñano e incidentalmente Dionisio Villanueva y Ochoa (*Dionisio Solís*).

La referida "Academia" crea una escuela que aspira a continuar la tradición del *divino* Herrera, de Rioja, Arguijo, Baltasar del Alcázar, Jáuregui, etc. Dentro de unos moldes clasicistas de estilo, pero romancescos de ideas. Libertad de ideas, dentro de unas normas de expresión. Fernando de Herrera fue

un maravilloso poeta elegíaco, dotado de un extraño sentido que anticipa el prerromanticismo. Por eso, para la escuela sevillana, Herrera es el único Góngora posible dentro del ambiente neoclásico, influenciado por su rica vena andaluza.

No puede olvidarse —como dice el maestro Azorín (2)— que “el prerromanticismo español comienza cuando el gaditano Coronel Cadalso, en su elegía en prosa, “Noches Lúgubres”, a imitación de Young, relata la verídica o fantástica historia de las peripecias nocturnas y la tétrica aventura que le llevó a desenterrar el cadáver de su amada, la actriz María Ignacia Ibáñez, para besar sus labios por última vez”. Este valeroso militar, amigo de Aranda, publicó, bajo el seudónimo de José Vázquez, una poesía lírica “Ocios de mi juventud”, que es de lo mejor del siglo XVIII.

Sus “Cartas Marruecas” y sus “Eruditos a la Violeta”, son sobradamente conocidos. Desafió a la muerte, y la encontró en el sitio de Gibraltar en 1782. Sus restos yacen en la iglesia de Santa María la Coronada, de la ciudad de San Roque; “donde por su material pérdida reside la M. N. y más Leal Ciudad de Gibraltar”, según rezan los documentos de la época (3).

En la referida Academia se nota la influencia de Pope, cuyas “Epístolas de Eloisa a Abelardo”, su “Herodía” y otras obras fueron traducidas por el sevillano Abate Marchena, a quien, reconociendo su heterodoxia, no podemos negar un indudable talento. En “La Abeja” se publica “Telemora”, de Osian, el supuesto vate escocés traducido por Jaime Mac-Person.

Además de Osian y de Pope, también influyeron las obras de Young, que habían sido “expurgadas” y traducidas por el canónigo Escóquiz.

Anteriores fueron las traducciones de las obras del caballero Florián, efectuadas por Nicasio Alvarez Cienfuegos, Académico de la Real de Buenas Letras. Dicha Academia sevillana fue fundada en 1751, pero sufrió gran decadencia a finales de siglo y un verdadero “eclipse” desde 1805 a 1820. A ella perteneció, entre otros de los antes citados, Cándido María Trigueros, “anticuario” por afición, literato y autor teatral que, como tantos otros ingenios sevillanos, está casi olvidado. En sus “Memorias” dice Antonio Alcalá Galiano (4): “Aunque aún no habían llegado los días del periodismo, palabra todavía desconocida, ya existían periódicos desde 1804. Privaba entre los lectores andaluces “El Correo Literario de Sevilla”, del que era editor don Justino Matute, médico y literato, en el cual salían a la luz versos de Blanco-White, de Alberto Lista, Arjona, Roldán y Már-

mol, con algunos de González Carvajal". En Cádiz se editó el novel periódico "El Correo de las Damas", que pretendía medir sus fuerzas con el que en Madrid publicaban y donde figuraba Quintana. Entretanto, unos pocos jóvenes de dicha localidad, tuvimos el atrevimiento de fundar una "Academia de Bellas Letras" a semejanza de la de Buenas Letras que existía en Sevilla, aunque a la sazón estaba casi moribunda. Servían de textos las obras del Abate Batteux, traducidas por Arrieta, y las de Hugo Blair, puestas en castellano por Munartiz. Teníamos dos concursos anuales a premios donde se leían algunas composiciones del gusto seudoclásico de aquellos días".

Para los antecedentes remotos del prerromanticismo, conviene retroceder y estudiar los rasgos de Fray Luis de León, de Calderón, de Lope, de Garcilaso, de Quevedo y hasta de Góngora, en el setecientos. Sólo partiendo de una persistencia así se comprende la transmisión de ciertos temas al romanticismo. Una ojeada retrospectiva nos indica los orígenes del movimiento prerromántico, que es un fenómeno surgido de las ideas generales del setecientos; es la versión estética de la rebelión individualista que preconiza el racionalismo, de la libertad que propugna la "Enciclopedia" y de la defensa de la pasión desde Spinoza a Rousseau. Críticamente es —como ha notado Paul Souday— el paso del dogmatismo al relativismo. Francia centralizó la cultura europea durante los siglos XVII y XVIII. El neoclasicismo europeo, aprende el ejemplo grecorromano, traducido al francés. Lo curioso es —como afirma el Profesor Díaz-Plaja (5)—, que esta posición central y clasicista de la cultura francesa se mantiene al sobrevenir la "Enciclopedia" y su heredera política, la Revolución. No puede dudarse de la profunda raíz humanística de ambos movimientos y no es raro leer el nombre de Catón junto al de Robespierre. El "gesto" de Napoleón es cesáreo, imperial y romano, por que Napoleón no es romántico, es un clásico.

A los ejércitos imperiales les abren el camino los intelectuales *afrancesados*, y en España, hombres ilustres colaboraron en el conato Bonapartista. Conviene advertir que no llegaron a una docena los clérigos sevillanos *afrancesados* e irreligiosos, como Marchena, Miñano, Blanco, Reinoso, Lista, Arjona y Mármol. No podemos, por tanto, juzgar por ellos al numeroso clero hispalense, ni a la gran cantidad de frailes que por aquel entonces existían en Sevilla.

Con el hundimiento de Napoleón surge el romanticismo de las reacciones militares que se oponen al cuño imperial uni-

ficador. El romanticismo es el derecho a lo plural, a lo relativo, a lo pasajero. Sin tener aún un nombre definido surge este movimiento literario, que da fin al neoclasicismo anticuado de Diego de Villarroel, Eugenio Gerardo Lobo y el sevillano Gabriel Alvarez de Toledo, entre otros. La "Poética" de Luzán señala el momento del paso del culteranismo y conceptismo clasicistas a la iniciación del prerromanticismo. En Sevilla se aprecia la conexión con el primero de los prerrománticos, en aquellas estrofas de Meléndez —que ofrece la lira de Batilo; no la de Meléndez, como distingue Cossío (6)— a su buen amigo Alberto Lista, a quien dice:

"Feliz mis huellas sigue
Y en don, bien merecido
recibe, Anfriso amado
la lira de Batilo".

Versos que recoge, en buen latín, la lápida grabada en mármol que recuerda el lugar donde yacen los restos de Alberto Lista en la iglesia de la antigua Universidad hispalense.

La escuela sevillana y en especial Arjona, Lista, Reinoso, Roldán, Núñez y otros van formando la continuidad de aquella Academia de Letras Humanas, manteniendo el clasicismo de las formas, pero con una propia inspiración heredada de Fernando de Herrera, el célebre canónigo de la Abadía de Olivares, platónicamente enamorado de la bellísima condesa de Gelves.

Por el Sur va penetrando la influencia de los Lessing, de los Schegel, de Schiller, de Herder y otros poetas germánicos, que introdujo en Cádiz Juan Nicolás Böhl de Faber, padre de la exquisita escritora costumbrista Cecilia, más conocida por Fernán Caballero.

El origen de la palabra romántico se debe al viajero inglés Borwell, quien al describir uno de sus viajes utiliza por primera vez la palabra *romantik*, en 1765. Según Hubert Becher (6 A), en Francia se tradujo dicha palabra por *romántique*, y en España aparece en las "Variedades de Ciencias, Literatura y Artes", que se publicaba en Madrid por el año de 1805, traducida por *romancistas*. Fue en la célebre polémica calderoniana (7), que en Cádiz sostuvieron José Joaquín de Mora y Juan Nicolás Böhl (1814-1818) donde se llama a los cultivadores del nuevo estilo *romancescos* o *románticos*. El "Diario Mercantil de Cádiz", dice en 1818: "No es concepción para los que están vagando entre las voces bárbaras, romanesco, románico y ro-

mántico, sin dar jamás en lo romancesco, que es lo castellano y lo corriente" (7 A). Como se ve plantean la cuestión como un caso de purismo. Así como el Renacimiento se anticipa en Levante y el Barroco en Sevilla, el área de penetración del romanticismo se divide en dos campos iniciales. El primero penetra por Cádiz y triunfa en Sevilla, desde donde se va extendiendo por la meseta y llega a la Villa y Corte. Es el de los que siguen la influencia de Víctor Hugo y Lord Byron. El segundo, que penetra por Levante y triunfa en Cataluña, lo preside Walter Scott, Chateaubriand y Cooper.

López Soler, en su "Manifiesto Romántico", afirma que "el romanticismo no concibe otra forma poética que la inspirada" (8). Por eso la libertad métrica viene siendo considerada una característica del romanticismo.

Se nace —decía Coleridge— aristotélico o platónico. Para Aristóteles la poesía es una *mimesis*, una imitación; para Platón, es una *embriaguez*, una inspiración, que arrebatada al poeta. Para el marqués de Santillana, la poesía es una *fermosa cobertura*; mientras que para Alonso de Baena es una *gracia del Señor Dios*. Los retóricos distinguen esa doble fuente poética; así para Díaz Rengifo la creación literaria tiene dos caminos: *la vena* o sea el *estro*, es decir la inspiración y el *arte*, o sea la *maestría*. Eugenio de Ochoa asegura que los románticos son *inventores* y los clasicistas *imitadores* (9). Alberto Lista aseguraba que "se entiende por literatura clásica la de la antigüedad griega y romana y por literatura romántica la de Europa en los siglos medios". Para Donoso Cortés, "el clasicismo ha sido el fruto de las sociedades antiguas y el romanticismo de las modernas. Son dos escuelas legítimas... es necesario contemplar el clasicismo en Homero y el prerromanticismo en Dante". En la necesidad de hallar nuevas rutas a la inspiración, el romanticismo se orienta hacia la libertad de las formas, pues, como dijo Víctor Hugo, "*Le romantisme n'est que le libéralisme en littérature*". Una de las características básicas de la escuela poética sevillana, es que conserva una base de estilo humanista de las formas, dentro de la libertad que corresponde a la inspiración romántica.

Quizás por esto, el profesor Díaz-Plaja (10) advierte: "Castilla y Andalucía, contraponen, a lo largo de toda la historia literaria, dos conceptos de lírica contradictorios. A un gusto por la poesía formal, que presentan los espíritus andaluces, se opone la enjuta poesía filosófica de la Meseta. Frente a Ferrant Sánchez de Talavera, Micer Francisco Imperial. Frente a Fernando de Herrera, Fray Luis de León. Frente a Góngora, Quevedo.



EL ARTISTA.

- año de - mdccc xxxv -

TOMO II.



A. de la Cruz

3637-38.

7138

LA LIRA ANDALUZA.

Coleccion

de poesias contemporaneas.

POR

D. Miguel Tenorio.

ENTREGA 1.^a



AUTORES.

D. Miguel Tenorio.—D. Francisco Grandallana.—El Solitario.—A. de Saavedra duque de Rivas.—D. Fernando de la Vera.—D. Javier Valdelomar y Pineda.—D. Francisco Rodriguez Zapata.—D. José Manuel Tenorio.—D. Salvador Bermudez de Castro.—D. Pedro de la Puente y Apezchea.—D. Pedro Manuel Monti y Sorela.—D. Pedro Alcántara Linaño.—D. Francisco Fernández Gollin.—D. Lorenzo Nicolas Quintana.—D. José Lorenzo Figueroa.—D. Gabriel Garcia Tassara.

SEVILLA.

Imprenta de **EL SEVILLANO**, calle de las Serpes.

Hoy mismo ¿cómo no ver ante la rica vena andaluza de García Lorca, la dura y sobria fórmula poética de Jorge Guillén?”.

El romanticismo español se inicia en el último tercio del siglo XVIII, se desarrolla en el primer tercio del XIX y culmina en el segundo tercio de dicho siglo, iniciándose luego su decadencia. Wölflin insiste en que “Hay características del barroquismo, aplicables de un modo claro, al sentir romántico”, y Díaz-Plaja añade: “Nuestro post-renacimiento barroco es una conjunción de lo medieval hispánico y de lo renacentista europeo” (11). Concebido hoy el Barroco como una constante histórica, el romanticismo no sería otra cosa que la forma que el barroco toma en el siglo XIX. El ilustre profesor de la Universidad de Liverpool, E. Allison Peers, en sus trabajos sobre el romanticismo en España (12), comenta “los dos bandos” de que nos habla Tubino, o sea, como va dicho, “el bando del romanticismo tradicionalista presidido por Walter Scott, y el del romanticismo revolucionario, presidido por Lord Byron”. Pero, aunque en general, la escuela sevillana se adhiere a este último bando, se aprecia en ella la continuidad de aquella célebre “Academia de Letras Humanas” y la concienzuda labor del doctísimo profesor Alberto Lista quien, en unión de Arjona, Reinoso, Roldán, Núñez, Carvajal y otros, conservan, sin exageraciones, el perfume del Lacio, cuya esencia debía educar a la brillante generación de los poetas sevillanos posteriores, en los cuales esa labor de mano maestra, perfeccionadora del gusto y apasionada de la corrección, sin cortar las alas al impulso del genio, había de producir aquel espíritu ecléctico y elegante que refleja en su inspiración todos los cambiantes del romanticismo sobre el sólido fulero de la augusta serenidad grecolatina.

El maestro Azorín (13) afirma que “Cadalso y Jovellanos fueron desesperados románticos, puesto que el romanticismo es la inspiración, la valentía del numen.” Por aquellos días del primer tercio del siglo XIX Juan Nicolás Böhl de Faber dio a conocer su “Floresta de rimas antiguas castellanias” (1821-1825) (14), en donde efectuó una meritisima recopilación de églogas, autos y comedias, de Juan de la Encina, Gil Vicente, Bartolomé Torres Naharro, Lope de Rueda y otros. No debemos olvidar la labor humanística de Fray Manuel Sotelo, catedrático de latinidad en el Colegio Mayor de Santo Tomás, de Sevilla, entre cuyos discípulos figuran García Tassara y Salvador Bermúdez de Castro. La política, como, sucede siempre, se sincroniza con la poesía, pues a la unidad dieciochesca que se llama monarquía absoluta en el mundo político, corresponde la unidad

de la "Academia" en el mundo literario. La reacción patriótica de los espíritus afrancesados se aprecia en Quintana, que de neoclásico se transforma en Sevilla y Cádiz en romántico y canta con viril acento al patriotismo triunfante, mientras Galligos celebra el épico levantamiento del Dos de Mayo, y al héroe sevillano de dicha gloriosa efemérides don Luis Daóiz y de la Torre. No se puede encajar en la llamada escuela salmantina al cantor de la Imprenta. En Quintana se aprecia su perpetua obsesión, su admiración sin límites al épico de la Victoria de Lepanto. Quintana escribe con los ojos puestos en el modelo herreriano. Por esto afirma Mario Méndez Bejarano (15) "Quieran o no, Quintana, Tassara, Núñez de Arce y todos los númenes análogos derivan de la tradición poética hispalense". Y agrega: "Entre los grandes poetas de la primera mitad del siglo XIX figura primero Quintana, en los albores de la centuria; en pos de él, Espronceda; luego, Tassara, quienes ponen en sus cantos tal seguridad de convicción, tal firmeza de sentimientos, que su entusiasmo o su dolor nos penetra y nos arrebató en la espiral de su arrebató poético".

Mariano José de Larra, el malogrado "Fíguro", es un romántico que se anticipó a su época. Los emigrados españoles propagaron, a su regreso, las obras de Scott y de Byron. Ser romántico era sentirse apartado de la vida normal, demuéstranlo aquellos admirables versos de Byron, que dicen: "Viví entre los hombres, sin ser uno de ellos". Versos que encabezan una de las composiciones más dramáticamente líricas de Tassara (16). Larra dijo que "escribir en Madrid era llorar", pero en la Villa y Corte y en todas partes, ser romántico sí que era llorar, los románticos tenían el *don de lágrimas*, como dijo Donoso Cortés.

Ser romántico es sufrir. La multiplicación de "memorias", "diarios" y "recuerdos", es sintomática e intimista. El maestro don José Ortega y Gasset (17), dice: "El romanticismo, germinado en las postrimerías del siglo XVIII, significa en la historia el triunfo del sentimiento". Los poetas románticos proclaman la supremacía de lo sentimental amoroso. En todos ellos se da el egocentrismo, sueñan con ser el centro de la sociedad en que viven. Por esto, a los antiguos seudónimos de la "Arcadia pastoril", los sustituyen otros, fáciles de identificar como: "El pobrecito hablador", "El curioso parlante", "El Solitario" y otros semejantes. A poco aparecen las iniciales del autor firmando sus composiciones, tales: E. (ugenio), O. (choa), R. (amón) de M. (sonero), G. (abriél), T. (assara) y otros muchos. Después, ya firman con el nombre completo.

Mesonero Romanos al describir el célebre tabuco del café del Príncipe (18), llamado "El Parnasillo", dice: "En él se escuchaban los elocuentes acentos de Martínez de la Rosa, Lista, el Duque de Rivas, Espronceda, Zorrilla, la Avellaneda, Bermúdez de Castro y Tassara, altamente célebres en la poesía lírica...". Sobre cuya "Escena Matritense" comenta Sainz de Robles (19): "La vanguardia de la irrupción alarideada de aquellos jóvenes con melenas lacias, perillas atusadas, caras pálidas y miradas febriles, estaba formada por Larra, Espronceda, Ventura de la Vega, Mesonero, Estébanez Calderón... el "grueso del ejército" llegó más tarde y en él: Hartzzenbusch, García Tassara, Roca de Togores, Cheste, Ros de Olano, Donoso, García Gutiérrez, Bermúdez de Castro, Zorrilla, Pacheco, Bravo Murillo...". Datos que son de mucho interés para justipreciar la importancia de la representación de la escuela sevillana en los inicios del desarrollo del romanticismo español.

En 1833 escribió Tassara la primera versión de su soneto "Al Sol" (20) y en 1835 ya aparece publicada su poesía "Almerinda en el Teatro" (21), en la interesante revista literaria "*El Artista*", que en Madrid editaba Eugenio de Ochoa, ilustrada con bellos dibujos de Madrazo.

Después de una corta estancia en la capital, García Tassara regresa a Sevilla y asiste a las reuniones que tenían lugar en la próspera mansión del Duque de Rivas, del cual dice Azorín (22): "El Duque de Rivas, es un artista que ve la vida en un solo plano, de un modo no evolutivo, no dinámico, sino estático. Todas sus obras son series de momentos independientes". Esta tendencia al cuadro es característica y se aprecia aún más en las acotaciones para su "Don Alvaro", donde describe así a la Sevilla del siglo XVIII: "Estamos en el puente de barcas de Triana. Al fondo se descubrirá, desde lejos, parte del dicho arrabal, la huerta de Los Remedios, con sus altos cipreses, el río y varios barcos en él, con sus flámulas y gallardetes. A la izquierda se verá, en lontananza, la Alameda". En esta acotación para el decorado de su obra se muestra su autor como un pintor consumado.

En 1837 aparece "La Lira Andaluza" (23), colección de poesías, dirigida y editada por Miguel Tenorio. En ella colaboran, entre otros autores: Miguel Tenorio, El Solitario, Duque de Rivas, Fernando de la Vera e Isla, Javier Valdelomar y Pineda, Francisco Rodríguez Zapata, Salvador Bermúdez de Castro, Lorenzo Nicolás Quintana, José Lorenzo Figueroa y Gabriel García Tassara.

En la primera entrega de la mencionada revista, aparece el poema de Tassara "La fiebre" y en la segunda una extensa "Elegía, a la muerte de la esposa de un amigo" no coleccionada entre sus "Poesías", ni entre las composiciones que preceden a su "Corona". En aquella época fueron favorecidos los poetas y literatos sevillanos por la presencia de don Serafín Estébanez Calderón, "El Solitario", por entonces Jefe Político, a orilla del caudaloso Betis, quien hizo todo lo posible por estimular a la intelectualidad andaluza, fomentando cuantas actividades e iniciativas tendieran a enriquecer el ambiente cultural de la "Ciudad de la Gracia".

El año 1838 se publica la revista literaria "El Cisne", (24), que en opinión de Allison Peers es la más notable de su época, tanto, que añade el propio hispanista, "de ella, con más justicia aún que de su predecesora, podemos decir que, si su influencia hubiera sido mayor, el romanticismo español hubiera gozado de una vida más larga y un carácter más digno de sus ideales. "Y este lírico *Cisne* navegó Betis abajo con un cargamento de buena ley, pues en el registro de sus colaboradores figuran Salas y Quiroga, el Duque de Rivas, Amador de los Ríos, Gertrudis Gómez de Avellaneda, *El Solitario* y otros más. En el mencionado año se celebran en el "Liceo Artístico y Literario Sevillano" (25) unas sesiones, organizadas por Estébanez, con el fin —dice Amador de los Ríos, en sus crónicas en "El Cisne"— "de aclimatar en la Península el olvidado estudio de las ciencias y las artes".

En la primera sesión del 25 de mayo declamó García Tassara su poesía titulada "El Sepulcro", que tampoco está incluida en la colección de sus obras. El referido "Liceo" organizó un baile, *para celebrar los días de la Reina Gobernadora*. También organizaba conciertos y exposiciones de cuadros. En una editorial del dicho *Cisne* podemos leer, escrito por su director Rodríguez Zapata, lo siguiente (26): "Nos entusiasman las sublimes creaciones de Víctor Hugo, Delavigne y Dumas, los cantos religiosos de Lamartine, pero repetimos, con lágrimas el nombre del malhadado Byron". Lo cual confirma lo antedicho sobre las influencias en la escuela sevillana.

Por esta época publicaba Tula Avellaneda en "La Aurora", de Cádiz, dirigida por el inimitable crítico sevillano Manuel Cañete. También escribió entonces su novela "Sab", dedicada a su maestro Alberto Lista. *Sab* (27) —que no se ha publicado en España— es la novela del *bon sauvage*, que tiene sus precedentes en la obra "Canoré" del caballero Florián, y más re-

ciente en el "Atala", del vizconde François René de Chateaubriand. Suele asignarse a Rousseau la jefatura de la revolución ideológica que intenta dar a la humanidad un cauce moral, independiente de la moral religiosa, pero en lo que respecta a la figura del salvaje bueno, ingenuo y sentimental, las primicias corresponden al Padre Las Casas, Fray Antonio de Guevara y otros españoles, como confirma Elisa Campe, en "El Nuevo Robinsón", publicado en 1800. El gran Manuel José Quintana hizo un canto al mismo tema en su composición dedicada a la "Exposición española para propagar la vacuna en América", la cual logró realizar Francisco Javier de Balmis en 1803 (28). Aunque americana de nacimiento, biológica y poéticamente podemos considerar sevillana a "la divina Tula", cuyos restos yacen en el cementerio de San Fernando, de la capital hispalense.

El cronista de la dicha ciudad nos dice en aquel año de 1838 (29): "Espronceda, el famoso autor del "Diablo Mudo", modelando su pensamiento en Byron y Goethe, permaneció fiel a las enseñanzas de Lista. En Sevilla representaban la tradición clásica: Puente y Apezechea, Amador de los Ríos, Rodríguez Zapata, Bueno y Valdelomar..., mientras Fernández Espino, Tenorio y Castilla, García Tassara, Cañete y Figueroa, seguían el nuevo rumbo. Al círculo selecto que concurría a las tertulias del Duque de Rivas se unían reuniones más modestas, y quizás más fecundas, que tenían lugar en la secretaría de la Universidad a cargo del señor Martín Villa, cuya erudición inmensa, depurado gusto y elevación de miras reflejó tan honrosamente en la cátedra y en el foro."

Por aquellas fechas decía Luis Monteggia (30): "Quien haya leído "El Corsario", de Lord Byron; el "Atala" y el "René", de Chateaubriand; el "Carmañola", de Manzoni, y "María Stuard", de Schiller, tendrá una idea más adecuada del estilo romántico de la que podamos darle nosotros hablando en abstracto". Martínez de la Rosa, en su "Poética", recuerda el pasado esplendor del romance y según el Duque de Rivas la devoción por el Romancero es un fenómeno típicamente romántico. Hoy día está en desuso esta teoría, pero no debe olvidarse que en esta época de regeneración puede renacer, con ventaja, el romance octasílabo castellano. Los románticos alemanes se entusiasman con nuestro teatro: Goethe, Schlegel, Grillparzer, Tieck... revalorizan a Cervantes. El paisaje o la decoración ofrecen al romántico la posibilidad de ser una aureola de su egocentrismo. El paisaje bravío es una incitación a la libertad, para el poeta. Su afición a las ruinas es una consecuencia del

predominio de lo natural. La muerte del malogrado "Fígaro" en una tarde lúgubre del invierno madrileño hizo se destacara en la Villa y Corte, el joven José Zorrilla, quien leyó, de modo inimitable, unos bellos versos ante el cadáver de Larra, víctima del desamor de Dolores Armijo, una bellísima sevillana (31). En cambio, la poesía y los dramas en verso de Tula Avellaneda están plenos de vitalidad y de ansias de libertad amorosa. En estos años, los primeros descubrimientos arqueológicos en Egipto hacen reaparecer el tema oriental, que tanto utilizaron Espronceda, Zorrilla y el sevillano Fernández y González.

En 1839 y con poca diferencia de fechas, pasan a Madrid la Avellaneda —quien comenzó firmando con el seudónimo de "La Peregrina"—, M. Tenorio, Puente y Apezechea, Lorenzo Nicolás Quintana, Luis Sartorius —luego, conde de San Luis—, Manuel Cañete, Salvador y José Bermúdez de Castro, Nicolás María Rivero, Antonio García Gutiérrez y Gabriel G. Tassara.

Detalle muy digno de atención es que la mayoría de los poetas y literatos románticos fueron colaboradores, redactores, e inclusive directores de los periódicos, lo cual contribuyó mucho a la difusión de la cultura y del espíritu del romanticismo.

Así vemos que García Tassara colaboró en el "Semanao Pintoresco", en "El Conservador" y en "El Piloto", siendo desde 1840 redactor de "El Correo Nacional", después de "El Heraldo" y más tarde de "El Sol"; pasando a redactor-jefe de "El Tiempo" y luego director de "El Faro", al cual se llevó, como crítico, a Manuel Cañete (32).

En Madrid se dejó sentir mucho la influencia de la escuela sevillana, pues, en cierto modo, a ella pertenecían Espronceda y Ventura de la Vega, discípulos que fueron de Alberto Lista, así como Gertrudis Gómez de Avellaneda. Tanto en el "Liceo" madrileño como en el "Ateneo" destacaban los ingenios de la escuela sevillana. Como parlamentario se destacó Tassara, quien desde 1847 era Diputado a Cortes en varias legislaturas, hasta 1857, que pasó a los Estados Unidos de América como ministro Plenipotenciario. Sus múltiples ocupaciones de periodista, político y diplomático, le impidieron una plena dedicación a la poesía, en la que supo aunar la libertad de su inspiración con el cuidado de las formas.

Por esto nos dice Manuel Cañete (33) —el mejor crítico español después de Menéndez y Pelayo— que: "Tanto en los nombres de la escuela sevillana que van delante como Bécquer... como en los que deberán añadirse: García Tassara, Sa-

las y Quiroga... se nos muestra el más profundo sentido lírico unido a la más fina sobriedad formal”.

Sobre todos los vates y versificadores del reinado de Isabel II irradian su fulgor dos inmensos poetas líricos sevillanos, diametralmente opuestos. Tan objetivo el uno que apenas se vislumbraría su personalidad, siempre vigorosa, sino se agigantara por los estímulos de la vida exterior. Tan subjetivo el otro que simula un astro solitario e independiente, un ser para quien el mundo tiene la figura de un corazón.

Bécquer, interpretando delicadezas íntimas, a que toda sensibilidad responde, dilató inconscientemente con sus versos su renombre, venció en popularidad a Espronceda, a Zorrilla... a los ídolos de la generación anterior y lleva casi un siglo de indisputado imperio, constituyendo el nexo de unión entre los románticos y los contemporáneos. Tassara no ha sido, no será, no puede ser un poeta popular. Por eso sus versos, labrados a cincel, sus frases magníficas, sus soberbios apóstrofes, sus hondos pensamientos, apenas han salvado los márgenes de sus libros. En cambio, los contados, los exquisitos, tributan a los ritmos de Tassara toda su reverente admiración, los tesoros de su culto y de su predilección (34). Por eso dice de él don Juan Valera (35): “Sólo con los versos de Tassara puede España aspirar al primer puesto entre todas las naciones europeas. En su estilo y en su ser, que el estilo refleja, hay perfecta unidad, pero esta unidad se difunde en variedad riquísima. Su lira tiene todas las cuerdas. Lejos de Tassara la monotonía que en algunos egregios poetas se nota, en Quintana y en Leopardi, por ejemplo, en quienes se diría que sólo vibra una cuerda con poderosa resonancia”. Parecidos elogios le tributó don Francisco de P. Canalejas y después don Marcelino Menéndez y Pelayo. En nuestros días, Guillermo Díaz-Plaja lo clasifica “entre los grandes poetas románticos españoles, más conocidos en América que en su patria” (36). También José Manuel Blé-cua (37) destaca las poesías líricas de Tassara. Don Miguel de Unamuno (38) nos habla del “inmortal soneto de García Tassara “Cumbres del Guadarrama” y de las sátiras tassarescas, herencia del gran Quevedo”.

Pero volviendo a Bécquer, éste definió la cuestión entre el neoclasicismo y el romanticismo cuando escribió (39): “Hay una poesía magnífica, sonora, una poesía hija de la meditación y el arte... Hay otra natural, breve y seca, que brota del alma como una chispa, que hiere el sentimiento con una palabra y huye. Desnuda de artificio, desembarazada, dentro de una for-

ma libre, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el Océano sin fondo de la fantasía.

La primera es la poesía de todo el mundo. La segunda puede llamarse la poesía de los poetas. La primera es una melodía. La segunda es como un acorde, que se arranca de un arpa y se quedan las cuerdas vibrando, con un sonido armónico”.

En Gustavo Adolfo Bécquer la voluntad de gloria es singularmente patética. La vida del autor de las “rimas” es un dramático forcejeo con un triunfo que, en lo social y económico, le fue duramente esquivo.

La mujer, para el romanticismo, es una criatura ideal y celestial. En Bécquer es más notoria todavía esta concepción del ideal femenino, como una pura proyección espiritual. López Soler (40), escribía considerando a “El Greco” como prototipo de la pintura del barroco-romántico. Esta revalorización de “El Greco” se aprecia en el prólogo que Bécquer puso a sus obras, donde se anuncia una en preparación intitulada “La locura del genio: Estudio sobre El Greco” (41).

Al regreso de Tassara de América había surgido, en el Parnaso Hispalense, otra tertulia literaria evocadora de las ya históricas y famosísimas de Mal-lara, Arguijo, Pacheco, Elena de la Cerda, Arjona, Lista, el Duque de Rivas, Martín Villa y el Liceo. Dicha tertulia se reunía en la Biblioteca de la Universidad, dirigida por Juan José Bueno, y a ella acudían, entre otros, el coronel don Juan Nepomuceno Justiniano, épico cantor de “Roger de Flor”, el general Reina, Fernández Espino, Fernando de Gabriel, José Díaz y Lamarque y su esposa, excelentes poetas; Demetrio de los Ríos, arquitecto y poeta; Rodríguez Zapata, el erudito José María Asensio, el chantre don Cayetano Fernández, Gutiérrez de Alba, García Lovera, Núñez del Prado, Adelardo López de Ayala y, posteriormente, Narciso Campillo, Carlos Peñaranda, Nicolás Díaz-Benjumea, y otros poetas sevillanos. Merece destacarse Narciso Campillo y Correa, quien representó la continuidad del espíritu de la escuela sevillana. Su musa recorrió todas las formas, desde el sensualismo erótico al misticismo contemplativo. Influidó de un lado por Bécquer y García Tassara, de otro, por Rioja y Herrera: aunque algunas veces se inspiraba en Víctor Hugo, Lamartine y Byron, aparece en algunas de sus composiciones clásico ferviente, mientras en otras se presenta como atrevido romántico, pero siempre ofrece el sello peculiar del lenguaje y ecléctico de la tradicional escuela sevillana. Autor de un interesante libro de “Retórica y poética

o literatura preceptiva”, así como de otras muchas obras, entre las que destacan sus poesías líricas (42).

Peñaranda (43) comenzó imitando a Bécquer, siguió, en otra época más exaltada de su vida, al gran Quintana, y luego, en otra época, más aburguesada y conservadora, se inspiró en el numen de Tassara. Poeta de altos vuelos, de arrebatada inspiración, cultísimo en el decir y experto versificador, está casi olvidado, pues publicó casi todas sus obras en Ultramar, como decían entonces. Continuador de Tassara fue el vate jienense López García, quien indistintamente emplea, como Tassara, las estrofas consagradas o las recientemente introducidas por los románticos, alternando estancias, octavas reales y hasta sáfico-adónicos; en sólo una poesía se permite cambiar de metro, a la manera romántica.

La restauración del romance por los románticos nos lleva hasta García Lorca y Antonio Machado que, a este fondo popular, añaden todas las conquistas —imágenes y metáforas— de la nueva lírica.

Con esto llegamos a los contemporáneos y damos por terminado este breve trabajo.

JOAQUÍN TASSARA Y DE SANGRAN

Goles, 25. Sevilla.



NOTAS

- (0) Carta-prólogo de José Vázquez y Ruiz a las «Noticias de la historia de Sevilla», por don Justino Matute y Gaviria, pág. X. Imp. E. Rasco, 1886. Sevilla.
- (1) «Estudio de la poesía española del siglo XVIII», por don Leopoldo A. de Cueto, marqués de Valmar.
- (2) «Rivas y Larra», por Azorín. Colección Austral.
- (3) Archivo del autor. Partida de nacimiento de don Andrés Tassara Hilsson.
- (4) «Recuerdos de un anciano», por Antonio Alcalá Galiano. Col. Austral.
- (5) «Introducción al estudio del romanticismo español», por Guillermo Díaz-Plaja. Colección Austral Argentina, pág. 19.
- (6) «El Romanticismo a la vista», por José María de Cossío. Espasa-Calpe.
- (6-A) «El Romanticismo en España», por E. Allison Peers. Comprende parte de los cuatro números del Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, año 1924, pág. 304.
- (7) «Fernán Caballero. Un nuevo planteamiento», por Javier Herrerros, pág. 73. Editorial Gredos, Madrid, 1963.
- (7-A) «El Diario Mercantil de Cádiz», número 747, año 1818, cit., por Peers, ob. a. cit. BBMP.
- (8) Prólogo a «Los Bandos de Castilla», de Ramón López Soler. Reeditado en «La Novela Histórica Española. Introducción y notas de Felicidad Buendía. Ed. Aguilar, 1963. Madrid.
- (9) «El Artista». Tomo I, pág. 87. Ed. de Eugenio de Ochoa, 30-XI, 1835. BBMP.
- (10) «La poesía lírica española», G. Díaz-Plaja. Ed. Labor, 401.

- (11) Ob. a. cit. «Introducción al romanticismo...», pág. 87.
 (12) «Historia del movimiento romántico español». E. Allison Peers, 1940.
 (13) «De Granada a Castelar», por Azorín. Col. Austral.
 (14) Ob. a. cit. «Fernán Caballero...», pág. 95.
 (15) «Tassara». Breve biografía crítica, por Mario Méndez Bejarano, pág. 147. Imp. de José Pérez. Madrid, 1928.
 (16) «Poesías de don Gabriel García y Tassara». Edición corregida por su autor. Imp. Rivadencyna. Madrid, 1872.
 (17) «El yo y su circunstancia», por don José Ortega y Gasset. Rev. de Occidente. Madrid.
 (18) «Escenas Matritenses», por don Ramón de Mesonero Romanos, pág. 566. Ed. Aguilar. Madrid, 1956.
 (19) Ob. a. cit. «Estudio preliminar», por Federico C. Sañz de Robles, pág. 43. Ed. Aguilar. Madrid, 1956.
 (20) Soneto «Al Sol», primera versión. Granada, 1833, mm. ss. BBMP.
 (21) «El Artista». Tomo II, pág. 304, 1836, BBMP.
 (22) Ob. a. cit. «Rivas y Larra», de Azorín.
 (23) «La Lira Andaluza», 1.ª Entrega, pág. 71. Imp. «El Sevillano», 1837.
 (24) «El Cisne», editorial, por Francisco Rodríguez Zapata. Sevilla, 1838.
 (25) «Anales de Sevilla», por José Velázquez y Sánchez, Cronista de la Ciudad. Ed. oficial. Imp. Hijos de Fe, Tetuán, 35. Sevilla, 1872, pág. 493.
 (26) Oz. a. cit. «El Cisne». De esta editorial comenta E. Allison Peers: «No recordamos haber encontrado defensa más viva, ni mejor pensada del romanticismo en otro periódico de la época», Peers. Ob. ac. cit. BBMP.
 (27) «De la Avellaneda», por José Rodríguez García. La Habana, 1915.
 (28) «La expedición de la vacuna», por el Dr. Gonzalo Díaz y de Iraola. C. S. I. C. Sevilla, 1943.
 (29) Ob. a. cit. «Anales...», pág. 540.
 (30) «El Europeo», artículo de Luis Monteguía, pág. 53, núm. 2 de 25-X-1823.
 (31) «Larra», Biografía, por Rafael Bautista Moreno. Espasa-Calpe.
 (32) De mi obra en preparación «García Tassara, su vida y sus obras».
 (33) Manuel Cañete, mm. ss. BBMP. Legajo «Varios de Cañete».
 (34) Ob. a. cit. «García Tassara, su vida y sus obras».
 (35) Juan Valera. Obras completas 3v. Introducción de Luis Araujo Acosta. Cap. «Poetas líricos españoles». 2.ª Ed. Aguilar. Madrid, 1955.
 (36) Ob. a. cit. «La poesía lírica...»
 (37) «Floresta de lírica española», por José Manuel Blécula, pág. 103. 2.ª Edc. Editorial Gredos. Madrid.
 (38) «Por tierras de Portugal y España», de Miguel de Unamuno. Col. Austral, pág. 125.
 (39) Gustavo Adolfo Bécquer. Obras completas. En el prólogo del autor a «La Soledad». 9 edición. Ed. Aguilar. Madrid, 1957.
 (40) Ob. a. cit. López Soler, en «La Novela Histórica Española». Aguilar, 1963.
 (41) Bécquer. Ob. a. cit.
 (42) «La Ciencia del Verso», Mario Méndez Bejarano. Imp. Sucesores de Hernando, 1924. Madrid.
 (43) «Poetas españoles que vivieron en América», Mario Méndez Bejarano. Artículo inserto en «Unión Ibero-Americana», 1927.